

der plenamente a quien, al tomar los hábitos de dominico, se llamó Frá Giovanni de Fiésole, si adoptamos una postura —valga la frase— resueltamente esteticista. Desde el momento que lo que más nos arrastra en el Angélico es el entendimiento vivo. Y lo que hace siempre que su mundo formal, prodigioso, esté como estremecido por un arrebató de naturaleza peculiarísima es esa desigualdad que, para nosotros, en este caso existe entre el entendimiento de la vida y la manera como se expresó.

Son muchas veces las que hemos dicho que lo ideal en los artistas es un ponderado equilibrio entre su sentir y la manera de expresarlo. Creemos que cuando un pintor juega papel de intermediario entre la Naturaleza y los hombres, éstos captan toda la peculiaridad de su mensaje cuando el plástico de turno consigue, gracias a un equilibrio muy concreto, que lo por él sentido se diga con equivalente intensidad. Ahora bien; quien nació en Vicchio di Mugello (Italia), en 1387, y falleció en Roma, en 1455, es un ensueño místico, totalmente creativo, delirante de candor, lo que trató de transmitirnos. Frá Angélico, honradamente, era un milagroso intermediario entre su ensueño místico, su cielo y la dolorosa realidad. Quien empezó miniendo libros, para conservar más tarde su arte minucioso y delicado en las telas y en los frescos de Florencia, Roma, Fiésole, Perugia y Bérghamo, entre tantas ciudades italianas, es probablemente el supremo pintor del milagro con que cuenta la Historia Universal del Arte. Y cuando se ha dicho que «pintaba la gloria de rodillas», no se rebajó su gloria, sino que se elevó a extremos inconcebibles su cándido fervor.

Todo el mundo de Frá Angélico es un éxtasis grandioso que, a la hora de expresarse, tiene mucho cuidado de no endurecerse. Sin embargo, si se tiene en cuenta que el fervor humano es propicio, en arte, a toda clase de fugas concretas, es cuando más se valora la bien expresada sensibilidad del italiano excepcional. Hemos dicho, al comenzar este esbozo, que toda

la obra del Beato equilibraba lo que hay en ella de floral con lo que hay en ella de mármóreo. Siendo aquí donde nos encontraremos con la virtud esencial de este artista. A la grandiosidad inteligente dijimos en otra ocasión que Botticelli había respondido con palabras mármóreas. En arte no hay nunca nada tan creadoramente práctico como encontrar el alfabeto y la sintaxis correspondiente a nuestra intimidad. Pues bien; la mitad mármórea de Frá Angélico tiene mucho cuidado la mitad floral de este artista. Su fervor inusitado, su entendimiento seráfico, son, desde nuestro punto de vista contemporáneo, tan inefables, que había que encontrar para expresarlos una calidad de mármol ideal. El tono cromático resuelve en este caso el problema. El oro, el rosal, el azul de su obra, como constantes plásticas vertebradoras de su restante colorido, concluyen idealmente la cuestión. Porque todo en Frá Angélico es íntimo, profundamente exaltado y, al mismo tiempo, mármóreo. Pero la correspondencia entre fondo y forma la matizan sus excepcionales colores. Y el grado de intensidad inteligente o mística cantan en la forma mármórea, inefablemente mármórea, de la obra, con la colaboración de un color que es sonrojo, que es pulso, que hace mejilla —cándida mejilla, para nosotros— todo lo que, sin embargo, se expresa con suficiente robustez.

La grandeza decorativa de Botticelli permite que el mármol se exprese con letras mayúsculas. El intimismo entrañable, apasionado de nuestro Beato necesita que algo tan inefable y tan cálido como su mensaje se traduzca definitivamente, enteramente, pero con un delicado rubor. De aquí el que toda la obra de este artista, sin ser blanda, sin decirnos de una manera incompleta, mezquina y en cierta manera hábil, sea ruborosa. Pero dando en esta ocasión a la palabra una «carga emocional», sin precedentes en la pintura universal. Desde el momento que las vírgenes y los ángeles de Guido Pietro lo que evidencian no es un rubor doméstico, menudo, personal, en cierto sentido, sino aquel rubor que